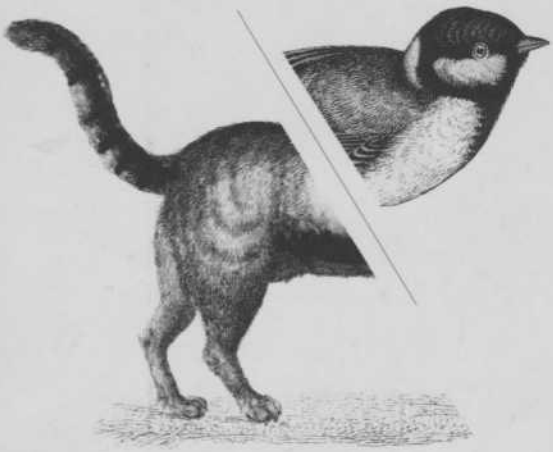
Evelio Rosero

34 CUENTOS CORTOS Y UN GATOPÁJARO



destiempo

Se recogen aquí los cuentos cortos de Evelio Roser (Bogotá, 20 de marzo de 1958), publicados entre 1978 y 1981 en diferentes periódicos y revistas capitalinos. Varios de ellos fueron incluidos en antologías de cuento corto latinoamericano, así como en selecciones de cuento internacional, publicadas en Francia y Alemania. Bastante antes de acometer la novela, género que lo identifica actualmente —con la publicación de *Mateo Solo* (1984), su primera novela, *juliana los mira* (1986) y *El Incendiado* (1988)—, Rosero cultivó con toda pasión el cuento corto, género de los más exigentes, sin ninguna duda. Son cuentos certeros y originales, que ya avisan de los futuros derroteros literarios de su autor, y de los que DESTIEMPO LIBROS recupera hoy los más representativos.

Evelio Rosero, autor de *Los Almuerzos, En el tejero, Los Ejércitos y La carroza de Motivar,* novelas que lo sitúan como una de las figuras relevantes de la narrativa actual, ha sido traducido a más de 20 idiomas y ha recibido premios de importancia mundial como el prestigioso Independent Foreign Fiction Prize en el Reino Unido, y el Premio internacional ALOA, en Dinamarca.

34 CUENTOS CORTOS Y UN GATOPÁJARO

Evelio Rosero 34 CUENTOS CORTOS Y UN GATOPÁJARO
destiempo

Primera edición: abril de 2013
34 Cuentos cortos y un gatopájaro © 2013
Evelio Rosero
Coordinación editorial y diagramación:
Federico Torres
Portada: Sergi Casero
Por los derechos de la presente edición
© 2013 Destiempo Libros S.A.S
destiempolibros@gmail.com
Bogotá, Colombia
La reproducción parcial o total, cualquiera que sea el medio empleado, sin la autorización de los editores, viola los derechos de la propiedad intelectual.
ISBN: 978-958-57-88-503

“Somos cuentos contando cuentos”
Ricardo Reís

ELLA Y LOS PERROS

Los perros con ella quieren comunicarse: olfatean que hay algo idéntico: la sinceridad de los ojos. Todas las noches ella va tras de los perros, aunque no lo sabe. Es una sonámbula. Para ella viven solamente los perros, arquetipos de sus sueños, de todo su amor. Cuando duerme, mientras sueña, los acaricia, les ladra, y ellos la siguen para olfatearla, y se pelean crudos y sangrientos, y queda el más grande, el más feroz, el demoníaco, iridiscente, de pelos de cobre y rabo de azufre, y la posee, y la poseen los demás perros, uno por uno, y ella los deja hacer, complaciente. Ella los huele. Ella ruge. Ella los muerde; ruega a dentelladas que no la dejen, que siga el sueño para siempre. Pero el sueño desaparece. Por eso cada mañana suya es pavorosa: ahí está su cuerpo, su carne abandonada que perece. Sigue esperando a que el ansia de este amor tan imposible desaparezca con ella. Se lamenta: esta es la trampa más horrible, la peor de las ocurrencias de la vida, disparate de Dios, enfermedad, alucinación, despilfarro del sol que se me entrega, al nacer. Eso dice, cuando va a dormir. Ella trata de entenderse con lástima: si tuviera un rabo de perro sería feliz. Batiría su cola ante el espejo. Creería en Dios, lloraría en paz, moriría con fe.

EL INVITADO INVENTADO

Despojado, descornado, igual que el corazón de la res, en el sillón más lejano, el invitado que nadie invito

"Es usted un invitado"

"No, Soy inventado"

Su discreción abochorna. Su sencillez. Es posible que sea húngaro. Alguien habla de unas rosas marchitas en un jarrón, y el responde que la naturaleza es bella por qué es imperfecta: una mujer es hermosa y sin embargo no nos ama. Nos dice que manojo de arena nos lleva de nuevo al mar. Nos habla del pequeño drama de la mujer barbuda, en el circo, a quien el conoció y amo (y obliga a sonrojarse a las ancianas, pues asegura que la mujer barbuda era más dulce que un mamut). Los hombres ríen complacidos. Los niños juegan con él.

De pronto se incorpora. Bebe rígidamente la última copa y se despide. Nos dice:

“Quiero charlar con mis amigos peces”.

Y sale por la puerta grande, en busca de la cordura que para siempre extravió.

Todos nos hemos quedado fríos, en el salón, contemplándonos afligidos, como cuando uno quiere seguir bailando y se ha acabado la música.

PUERTO DE TUMACOM 1938

Encontramos una botella con un mensaje dentro, pero no lo pudimos leer —porque no entendimos. Llevamos el mensaje al párroco y el párroco nos dijo que las palabras estaban tan desteñidas que resultaban imposibles de leer. Llevamos el mensaje al maestro de escuela y nos dijo que no lograba descifrar el mensaje porque estaba escrito en otro idioma, posiblemente griego, y que él sólo sabía francés, inglés, alemán, portugués y algo de latín. De modo que no llevamos el mensaje a nadie, porque nadie sabe griego en Tumaco, y todo quedó así, sin que nadie supiera que fui yo, el guitarrista de la Calle del Comercio, Gerardo Moncayo, el que lanzó ese mensaje escrito al revés, una historia acuática escrita solamente para peces; si no se es un pez no se puede entender, se puede perder la cabeza. Con un par de grandes branquias las cosas se hacen sencillas: sumergirse, para volar. Eso decía el mensaje, y esas eran las bromas con que solíamos reír nosotros, los enfermos de parálisis

LA BALSA

Toño Huertas, de siete años, nos dijo que no nos ahogaríamos, que la balsa resistiría en el camino de agua.

La isla que descubrimos resultó demasiado pequeña para los tres. Se ahogó la balsa, después uno de nosotros, y el siguiente, y el tercero, y también la isla se ahogó.

Hoy los pescadores nos respetan; encienden velas en el agua; sus mujeres rezan; sus manos cálidas acarician nuestros rostros de fantasmas; nos piden que protejamos a sus hijos de las balsas, de las invitaciones peligrosas, y después nos besan a tuerza de quejidos, nos amamantan como si fuéramos sus otros hijos, venidos desde el otro lado de las aguas, por sobre las olas, sus hijos desaparecidos, azules, casi transparentes.

Somos los tres niños fantasmas, y entregamos bendiciones, y hacemos milagros: a doña Eulalia le devolvimos un marido que se había ido desde hacía diecisiete años; a Florencia la casamos con Hortensio, y le dimos nuestro venia a Casimira para que durmiera tranquila en compañía de su hermano; hicimos que lloviera en época de sequía, y que don Ramiro Buitrago Polanía muriera de un dolor de oreja —don Ramiro Buitrago Polanía, el desflorador.

Deambulamos cogidos de la mano, y esperamos ansiosos la hora en que cien millones de mamás nos irradien su dulce leche azul, sus nocturnos plañidos, sus tibios ruegos en las noches de tormenta, cuando el mar no es un buen amigo. Es sólo por eso que nos gusta ser

fantasmas en el mundo, porque las mamás nos rezan, porque sólo por ellas seguimos vivos y flotamos.

No somos pasajeros como ellas de la inmensa balsa redonda que las sostiene —a duras penas—, y que no tardará en hundirse, sin ninguna duda. Pobres mamás.

SEÑAL

Ha buscado desde hace tanto la señal en los cielos, pero todo parece indicar que lo olvidaron. De mes en mes llega la avioneta; es el único medio de transporte, y el pueblo la recibe con estrépito, con los brazos abiertos. El contempla fijamente a los viajeros, uno por uno, y después desaparece, Y sigue aguardando. No tiene un negocio estable, y muchos todavía se preguntan qué hace aquí, de pie, desde hace años, contemplando los cielos. Al principio resultaba sospechoso. Después loco. Después un tipo de peligro, que huye para que no lo maten; después cualquier fulano que ha venido a morir a este último rincón del mundo; después un habitante más, uno de todos, como cualquier otro. El no quiere comentar de la señal a nadie, ni siquiera a la mujer del carpintero, que de vez en cuando duerme a su lado, casi que por misericordia. Es un solitario, en la selva. Nunca baja a beber cerveza. Vive sin ningún perro, con una olla y una hamaca y un cuaderno. Nada le falta, excepto la señal: lo más importante, lo esencial, la viva herida, la causa de que soporte todo esto. Algún error debió suceder cuando acordó el sitio de la espera: ¿era otro sitio el indicado para contemplar los cielos?

Así envejece, igual que la mujer del carpintero, igual que el carpintero, igual que el pueblo, igual que la señal, que ya murió, cansada de buscarlo, de aterrizar en otros puertos, vieja y desdentada, aterrada de haber equivocado para siempre el sitio del encuentro.

CRÓNICA DE UN VIAJE POR CHILE

En ese viaje por Chile tuve la ocurrencia de tocar la dulzaina. íbamos tres en el camión, sentados sobre costales. Atardecía. Me oían Antonio y Ramiro, que bebían vino de una cantimplora. Nos conocimos en Cuzco, y decidimos continuar el viaje a la Argentina. En la cabina del camión conducía un hombre viejo, pero recio, en compañía de su mujer y su hijo. Nos detuvimos en un pueblo fantasma, en la mitad de las arenas, para buscar agua. Un corillo de hombres y mujeres aguardaba.

"¿Alguno de ustedes tiene una dulzaina?", preguntaron.

Después de un silencio estupefacto, Antonio les dijo que no con la cabeza. Ramiro, sin embargo, no tuvo inconveniente en señalarme: "Éste lleva una dulzaina".

Habló uno de los hombres. "Mire, compadre —explicó—, mi hija se muere, y se le ha ocurrido que quiere escuchar una dulzaina mientras muere. Le hemos cantado con guitarras, y ella es terca, ha dicho que quiere morir oyendo sonar una dulzaina. Aquí no tenemos dulzainas. Muchos compadres no saben qué bendita cosa es una dulzaina. Si usted quiere acompañarnos... usted toca la dulzaina, y ella escucha, y se muere, y usted sigue su viaje".

Yo lo escuchaba atónito. Apenas pude entender de qué se trataba. Fuimos a casa de la agonizante. En vano intenté buscar una canción en la memoria. ¿Qué tocaría? Entramos por fin a una casa fría, vacía de muebles. Fue como si de pronto anocheciera.

Y vi a la hija. Una muchacha.

La descubrí acostada entre luces de cirios, olor de

leña quemada, como si ya estuviera muerta. Pero sus ojos alumbraban, grandes, claros, místicos. Era la muchacha más bella de la vida, en mi camino, muriéndose. Era una gran sombra amarilla. Me resquebrajé por ella, cuando lloró.

En mi mano la dulzaina tembló. Sus labios parecieron alentarme con una ancha sonrisa. Yo dudaba en soplar la dulzaina. Yo dudaba. ¿Qué canción? Comprendí de pronto que para tocar una dulzaina hace falta aspirar, y *expirar.*

"Un día soñé con usted", me dijo la muerta. Sí, la muerta, con voz de muerta. Alguien me ofreció una copa de aguardiente. Bebí con sed, y después el aguardiente mojó la dulzaina. Elegí, entre aquella perdida pampa chilena, y sin saber por qué, una canción de los Beatles. Y sonó bien, porque ella sonrió, agradecida. Amante complacida. Sus ojos seguían absortos, contemplándome. No podía mirarla, de modo que cerré mis ojos, y seguí tocando, tasta que alguien puso una mano en mi hombro. Entonces vi que ella había cerrado los ojos. Me dijeron que ya no era necesario que tocara, la muerta había muerto, y sólo ella quería oír una dulzaina. Sólo ella.

DOMINGA DIONISIANO

No era una mujer que necesitara cartas. Dormía sola, sin recibir visitas, y le agradaba jugar al solitario. Parecía taciturna, pero no lo era. Solía contarse bromas con secuencia. Bromas que ella misma inventaba, y en las que casi siempre era ella la protagonista perdedora.

Era joven, y viuda, y sin hijos. Su marido. el matarife del pueblo, había muerto del corazón. Nunca, en veinte años de amor, se había lavado él la sangre de las manos antes de acariciarla, lo que a ella le gustaba, porque tenía la delicada sensación de ser una vaca o una magnífica cerda próxima al sacrificio.

Así era de apasionada nuestra Dominga Dionisiano.

Pero su marido tuvo que morirse del corazón, y ella, para vivir, tuvo que reemplazarlo en su trabajo. Y todos los hombres de este pueblo, los íntegros y los deshonestos, afirman con la mano en la biblia que Dominga Dionisiano es mejor matarife que su difunto marido.

Que mata animales como si los besara, sin ningún dolor. Ningún lechón se ha lamentado con ella. Todos los animales agonizan complacidos. Hemos notado que es como si les hiciera el amor: se abre de piernas, los cubre con tierno ademán y usa el cuchillo al mismo tiempo que los ojos.

Los mata mientras los mira dulcemente.

Nosotros somos jóvenes y fuertes, y más de uno ha procurado hacer algo con Dominga Dionisiano. Aunque sabemos que ella es muy capaz de tumbarnos de un solo puñetazo. Mujeres como ésta abundan en la

tierra que nos vio nacer.

Y sin embargo ella ha preferido seguir sola en su casa, donde no hay otros pasos que los suyos y el único espejo la refleja a ella únicamente, y hay un retrato con la cara de ella cuando ella era niña, y un escapulario en la pared, pues ella reza, es devota de la Virgen de la Playa, y va a misa, y dicen que hasta el párroco está enamorado de ella, sin esperanzas, pero que ella nunca supo nada, eso dicen.

Y dicen también que fue ella quien mató realmente a su marido. Lo que es muy posible. Lo mató de amor. Y a quién no le gustaría morir de esa manera, pensamos. Y bebemos cerveza tras cerveza, contemplando la fachada de geranios de su casa.

Rosados lechones tendríamos que ser, pensamos, para morir bajo sus piernas, sin protestar.

La noche llega. Dormimos solos, como ella, aunque muchos aseguran que el párroco no duerme a esta hora en la parroquia.

¿Quién puede saber?

EL ENCONTRADOR

(Contata de uno que se gana la vida en plaza pública)

Yo puedo encontrarlo todo, si me lo propongo. Un día encontré una hormiga, una sola entre todas las hormigas de este mundo y del otro: pude hallarla en la axila de la más bella muchacha muerta. He encontrado corazones que llevaban siglos de perdidos, joyas y cartas que decidieron más de una guerra, y piedras, y restos de comida, soy El Encontrador, famoso en este mundo en el otro, no cobro por mis servicios, vivo Je lo que me den —en los entierros y en los bautizos—, puedo encontrarlo a usted —si usted quiere—, encuentro vidas que se mueren, gatos, ollas y niños, luces, ríos, astros y momias, letras y números, puedo encontrarlo todo, y es por eso que nada en este mundo se ha perdido, ni en el otro, excepto yo mismo, pues no sé quién soy, ni para qué sirvo, no estoy satisfecho conmigo ni con mis encuentros, quisiera encontrarme, sé que estoy perdido, en cualquier esquina de este mundo —y del otro-— me estoy buscando —yo mismo, hoy mismo—, y soy, sin embargo, El Encontrador

EL GUIA

Avanza recordando la última llama del fogón de la cocina, su mujer que lo espera, la ceniza de las paredes, y el llanto de un hijo escondido tras la puerta. Es el guía. Transita sobre puentes tendidos sobre abismos, so*bre* ríos, sobre niebla. Es silencioso, de piedra En su ruta sabe cuántas equivocaciones se cometen. No lo abruman las doradas extranjeras que a veces se inclinan a preguntar cuándo llegamos. Es arisco —dicen de el—, una fiera, es como si odiara. Tantas y tantas veces el mismo camino, los mismos exploradores con cámaras de fotografía, las amazonas riéndose. Ellas se empecinan en retratarlo y él dice que no, y sin embargo sane que tarde o temprano será retratado mando orina, cuando medita la ruta debajo de la luna, o cuando envía cualquier gesto a las mulas de carga —como él, aburridas.

Su hijo será como él, guía, aunque los trenes ahora pululan, es cierto.

Extraña el calor de su mujer; recuerda con certeza su rostro, su blandura, su belleza descomunal, de selva negra, implacable, que siempre asombró a los forasteros y los animó al amor, amparados por el rostro indiferente y taciturno del guía. Y sin embargo él descubre, él entiende —en ella, en lo más recóndito de ella— su silenciosa manera de odiar a los exploradores —que muchas mañanas la sorprendieron debajo de la cascada.

Ella sabe que él lo sabe, y ambos hacen como si

no lo supieran.

Los trenes ahora pululan, es cierto.

Esta vez el explorador de turno ha anunciado con sorna que el tren atravesará las montañas, en los próximos meses, que no hará falta ningún guía y ninguna mula de carga. Y se ha reído, sopesando con el rabillo del ojo la tremenda sombra femenina que se mueve en la cocina, dueña de una cadera amplia y un par de cántaros opulentos, fértiles y erguidos, cuyos pezones coloradotes hinchan un vestido casi trasparente. El guía escucha cómo habían del tren, como elogian su embestida. El guía no niega, tampoco asiente, prepara a expedición, y mientas tanto su mujer se aleja la cascada.

Los trenes ahora pululan, es cierto. Su será fogonero.

Su mujer lo despide en una orilla del camino de herradura, mostrando en el indómito cabello una selva húmeda, manteada por florecitas acuáticas; ostenta una mirada plácida, de gata montuna, y asoma finalmente tras de ella el explorador, más pálido que una nube: jamás en toda una vida de epopeyas tuvo un sueño semejante, —aventura tan sabia, por lo elemental y marica; se sintió tan vivo que fue como si se muriera. Las extranjeras y los otros pasajeros muestran desde sus cabalgaduras una maliciosa indiferencia. El guía nada dice. No tiembla. No pestañea. Se observa con su mujer.

Tampoco ella flaquea; sus rodillas no se doblan, sus ojos no se acuestan: negros, más trasparentes que nunca, trepidan pasión a diestra y siniestra. Su pecho hierve y vibra, alto y enloquecido, al ritmo de un corazón volcánico. Pero acaso ella alude, acusadora, con el

mismo terremoto de su cuerpo, al explorador que como tantos la sorprendió en el agua y la empujó a una orilla y la acabó de descifrar mediante la asfixia de un beso a toda prisa, largo y explosivo, que por sí solo parecía un tálamo. Mujer y guía saben qué aconteció. Y es como si ambos elogiaran el encuentro sucedido en la cascada: posiblemente la excusa íntima que necesitaban.

Han pasado seis horas, dos noches y dos días. Los abismos, los cóndores, los desfiladeros, las piedras que ruedan, el graznido animal de las extranjeras, ariscas y arrepentidas, y el lamento casi humano de una mula resbalando, los grandes ojos suplicantes.

En la noche abierta, mientras reposan los viajeros, cándidos y extenuados sobre un risco que parece de plomo, dejando en custodia sus vidas al guía taciturno —el hombre fiera que los protegerá sabiamente de todas las fieras—, una sombra cauta retrocede. Es el guía. Retrocede, solo; pisa sus mismas huellas; su cuchillo corta las sogas de bs bestias, arroja las cargas al abismo; la odio, las carpetas, los cuchillos y las escobetas; las cantimploras, el agua y el whisky, los enlatados; gorros y cerillas, botas, cepillos dentales; y sus dedos de acero desatan ego, tras de sí, los amarres de los puentes colgantes, y regresa a su casa temblando en deseo hirviente, la piel erizada, montuno, tierno pero feroz, un felino que transcurre amo sombra junto a los demás felinos, los gatos gigantes, las vigilantes serpientes,
pumas, las panteras, que casi lo saludan agradecidamente —relamiéndose de antemano por los nutrientes y blancos regalos.

Su mujer lo recibe en la puerta. Mojada en

espuma. Ambos cuentan los billetes que el tomó como pago de las carteras, y aprecian con ojo de conocedores las cadenitas de oro que las extranjeras perdieron mientras dormían. Escucharán tarde o temprano las noticias por radio, anunciando el desaparecimiento de más exploradores. Y responderán con talante sereno las preguntas; dirán que ya no hay guías, que el tren no demora en llegar, que su hijo será fogonero.

Entonces ella nota enaltecida la fiebre tigruna, el deseo grande y espléndido del incomparable guía que vive a su lado; y se entrega, y vuelve a entregarse de nuevo, y otra vez, para que duerma, para que acaso resucite como ella.

El hijo que duerme será fogonero.

CUENTO PARA MATAR UN PERRO

El cuento está por escribirse. Alguien dice que su autor viajó a un distante país, donde existe un lingüista filántropo que enseña a hablar con los perros. Se piensa, también, que no es posible matar un perro de un solo cuento, que se necesita una serie larga de cuentos breves para mellar poco a poco A naturaleza soterrada que caracteriza a cada perro. Se afirma, de otra fuente, que el autor ya domina el lenguaje perruno, pero que aún no da con el cuento precise: en este momento estudia la alternativa de un cuento trágico, para matar al perro de tristeza, o uno cómico, para matarlo de la risa. Duda también en elegir, por qué no, un cuento cómico-trágico: los dos sentamientos revueltos suelen ser un veneno fatal. De todos modos la principal preocupación del autor consiste en dar con un cuento certero que mate al perro sin que se dé cuenta. Sólo que ahora el autor está empezando a considerar seriamente la posibilidad de no contar el cuento al perro sino enseñárselo a leer, para que así la muerte sea de una más justa literatura. Esta última opción requiere la incomodidad de viajar a otro país en busca de cualquier gramático-filósofo que enseñe a enseñar a leer a los perros. En todo esto se la pasa la vida al autor, y los perros, al verlo, caen muertos de la vergüenza.

LA DERIVA

Encontró en el bosque a un niño de once años que le dijo que en realidad no era un niño de once años y tampoco un niño sino una niña de quince años y que no estaban en un bosque sino en un valle y que ella nunca había sido encontrada por él sino que ella lo había encontrado a él con el único deseo de explicarle que no era un niño de once años en el bosque y que aquello no era un bosque sino un valle y que lo mejor que podían hacer era caminar tomados de la mano hasta un bosque para entonces acabar de comprenderse o comprender que a lo mejor él tampoco era él sino era otro y que bien pudiera suceder que ninguno de los dos supiera a qué atenerse frente a un autor que huye inmóvil en la calle bajo esta lluvia dura y permanente

MIEDO

Una vez llamó a su casa, por teléfono, y se contestó él mismo. No pudo creerlo, y colgó. Volvió a intentarlo y nuevamente volvió a escuchar su propia voz, respondiendo. Entonces tuvo el coraje de preguntar por él mismo y su propia voz le dijo que no siguiera insistiendo porque mismo nunca más iba a volver. “Con quien hablo”, preguntó, por fin, y escuchó, anonadado, lo que nunca debió oír. ¿Qué escuchó? Nadie lo sabe, pero debió ser algo terrible porque él no pudo consolar la carcajada creciente, asfixiándolo. Al día siguiente los periódicos no registraron la noticia, cosa lamentable si se tiene en cuenta que todo periodismo de verdad consiste en ir más allá de lo aparente, hada la verdad total, y más si el hecho tiene que ver acaso con un problema de orden metafísico en la compañía de teléfonos. Usted mismo podría indagar la realidad de este suceso, exponiéndose —-eso sí, por su propio riesgo— a que todos los teléfonos se confabulen una tarde contra usted y lo silencien, definitivamente.

UNA MUERTE

Se sentó a escribir frente a la mesa cuando, de súbito, alguien abrió la puerta del aposento. Miró un personaje inverosímil, que vestía un largo abrigo de piel, un anciano de mirada brillante y sonrisa desdentada, apuntándolo a él con un arma de fuego, luminosa y fría. Se trataba de un personaje inédito. Lo miró apuntar cuidadosamente escuchó decir: “Abre bien los ojos, esto es un cuento” .

OTRA MUERTE

Cada noche lo escuchábamos hablar en la cocina. La última noche detuvo intempestivo un relato de duendes para preguntarnos qué sucedería si al despertar no nos encontráramos en el mismo sitio de siempre.

—Sería extraño, o risible —dijo—, despertar en algún paraje remoto, donde solamente nos rodeara lo inesperado. Pero puede ocurrir —añadió bostezando, resignado o indiferente—, que despertáramos como todas las mañanas: un idéntico rincón entre cuatro paredes, los mismos rostros saludándonos. Ambas situaciones son deplorables —finalizó, despidiéndose.

Al día siguiente no despertó.

ENCIERROS

No nos permitían entrar a saludarlo. Comía a escondidas. Mariela daba unos discretos golpecitos a la puerta y entonces él abría. No alcanzábamos a verlo. Sus manos largas y velludas recibían temblorosamente cada plato; después empujaban la puerta. La única vez que pudimos verlo fue cuando Mariela confirmó que no acudía a recibir los platos. Muy tranquila buscó la llave de la puerta y acompañada por los vecinos del edificio entró en la habitación.

Minutos más tarde lo retiraron, acostado, se sostenido entre sus propias sábanas. Nosotros comprendimos que se estaba muriendo: su rostro tenía el color y la textura de la cera cuando se derrite, sus ojos entreabiertos no mostraban mucha luz; daba jadeos breves y angustiantes. Sin embargo, pareció buscarme con la mirada. Yo sentí que me buscaba, y era cierto: me guiñó un ojo antes de desaparecer con los vecinos. Esa misma tarde Mariela hizo la limpieza en aquel cuarto, nosotros la acompañamos. Oímos sonar diez veces el desagüe en el retrete diminuto, como de juguete, con Mariela inclinada sobre él, cubriéndose las narices. Nos atormentaba el olor a alcohol, reconcentrado, que se desprendía de las paredes húmedas. Cuando terminamos Mariela puso sus brazos en jarra y nos estuvo mirando mucho tiempo. Finalmente me dijo, como la cosa más simple: “Ahora tú dormirás en esta habitación”.

Tuve que trastear mi catre y mi pupitre. Desde entonces Mariela golpea a mi puerta y yo me asomo a

recibir los platos. Sé muy bien que a los demás no les permiten hablarme, y eso es algo que yo lamento porque este encierro es desolado. El tiempo en el reloj de la pared es tan lento como un suave parpadeo. Desde la ventana pequeñísima puedo ver las tardes, casi siempre anaranjadas, donde el viento persiste entre las calles. En el cielo, más allá de los altos edificios, pasan las palomas, y yo he escrito: Son un aire blanco, desapareciendo. *Debo estar agonizando* escribo, y la ventana devuelve mi rostro en el cristal, consumiéndose. Algún día no abriré la puerta, no podré hacerlo, y Mariela vendrá con los vecinos a sacarme entre las sábanas. Yo, entonces, miraré a cualquiera de ellos, y haré un guiño, un suave guiño, cómplice, feliz.

LA CASA

He aquí una casa loca, cuyas escaleras no conducen a nada. Uno abre la puerta y cree entrar y en realidad ha salido. Pero cuando uno cree salir sucede lo contrario: uno ha entrado. Y la mayoría de las veces uno no se explica a dónde ha llegado, o qué ha sido del cuerpo de uno en esta casa. Las ventanas tienen la peculiaridad de no mirar hacia afuera sino hacia adentro. Todos los muebles cuelgan a medio metro del techo principal. De manera que para llegar a ellos es necesaria la imposibilidad de volar, o un salto largo y elástico que le permita a uno aferrarse de una silla, por ejemplo, y luego escalarla y sentarse en ella, como en un peligroso columpio. Y lo peor ocurre cuando cada uno de los movimientos de los muebles tiende a vencer el equilibrio de los ocupantes, de manera que muchos se han despedazado intentando resistir más de una hora sentados en su silla. Todos los muebles confabulan sus movimientos para desbaratar a sus ocupantes, y ya se sabe que los muebles flotantes procuran sobre todo que los cuerpos sean derrotados de cabeza; nadie ha podido saltar incólume: siempre, en la caída, hay otro mueble oscilante que se las arregla para que el cuerpo en condena se estrelle de cabeza contra el suelo.

A pesar de estas aparentes incomodidades, se escuchan, en la casa, cuando cae la noche, muchas voces y risas, y chocar de copas (y muebles). Nadie ve llegar a los invitados, y tampoco salir, y eso se debe seguramente a la otra originalidad de la puerta, que da la sensación de permitir entrar y salir al mismo tiempo, sin

que verdaderamente se haya salido o entrado. Nadie sabe, además, quién es el dueño o quiénes habitan la casa permanentemente. Alguien nos cuenta que vive una pareja de niños. Otros aseguran que no son niños, sino enanos: de lo contrario no se justificarían las fiestas de siempre, escandalizadas por las exclamaciones más obscenas que sea posible imaginar. Hay quienes afirman que nadie vive en la casa, y que en caso contrario no serían niños y tampoco enanos sus habitantes, sino dos jorobadas dementes. Ni unos ni otros dicen la verdad. No han acabado de entender que todos son en realidad mis habitantes, que están dentro de mí como también yo estoy dentro de ellos, que yo soy algo vivo, y que a pesar de todas las vueltas que puedan dar por el mundo quizá nunca les sea posible abandonar mi tiranía para siempre, porque también yo estoy dentro de mí.

EL ESPEJO PINTADO

Una mañana lo escuchamos divagando: preguntaba si un espejo puede reflejar otro espejo, o si existe un mutuo reflejo, o si, por el contrario, el reflejo de los dos espejos se disuelve en el vacío. Era nuestro compañero de oficina y aquella reflexión extravagante, acaso inútil, hizo que alguien regodeara nuestro tiempo de trabajo: “Es un principio de locura en tu cabeza, viejo”. No le importó, y tuvo la confianza, un poco ingenua, de contarnos que había empleado la totalidad de su sueldo en la compra de un lienzo que mostraba un espejo ovalado; nos mostró el lienzo, cuyo espejo reflejaba un paisaje campestre, muy difuso, compuesto de un sendero de hojas amarillas; crecían los sauces y volaban colibríes, y un caminante (posiblemente un pescador) se desdibujaba aproximándose a nosotros a través de la múltiple espesura.

Meses después, cuando supimos —mediante una discreta noticia en el periódico— de su desaparición, debimos hacernos cargo de sus pocas pertenencias; nos correspondió aquel lienzo, aún sin enmarcar. Lo notamos bastante deteriorado y distinguimos una breve mancha en el cielo del paisaje, algo así como un sol, o una estrella cayendo. Miramos mejor y uno de nosotros adivinó: “Es una gota de sangre”. Sólo en ese momento pudimos verificar que el caminante del espejo no venía —-como la primera vez— hacia nosotros; vimos que se alejaba, que aquella silueta escuálida y distante y casi móvil era la misma silueta de nuestro amigo. “Es él, en el espejo” exclamamos, y algo parecido a la envidia nos hizo recordar que ya era tiempo de volver a la oficina.

LA VISITA

Fuimos a visitar a William, un amigo de la facultad. Se había vuelto loco y su madre nos dijo: “Sería muy bueno que lo visiten. Ya está tranquilo”. Eso nos dijo y se puso a llorar. De modo que fuimos y allí lo vimos, envejecido: casi treinta años, parecía. Lo rodeamos. Qué tal, William. No respondió. Ahí seguimos, balanceando los pies. Cuánto tiempo. Qué fastidio. ¿Dejan fumar? De pronto se agarró la cabeza y dio un grito. Llegó una enfermera, como una interrogación. “No lo toque”, dijimos, “ésa es su señal, quiere decirnos algo. Cuando William iba a visitarnos nunca tocaba la puerta, gritaba igualito, nosotros sabíamos que era William y abríamos”. La enfermera, una flaquita aburrida, asintió. Sonreímos. Silencio. William, pensamos, no nos hagas quedar mal. Silencio. ¿Dejan fumar?

“William...” dijimos, “somos tus amigos: Mauricio, Pachito, Germán”. Y oímos la perorata de William, como si no le quedara tiempo: *Ya cumplí con las preguntas tengo mi tranquilidad he desaparecido hasta aquí abro mis ojos así me exigieron los términos de mi existencia eran azules puedo cagar no puedo pagar yo no te quiero Tatiana preparo mi almuerza) lavo mis platos mi ropa yo soy un juego y mamá feliz es decir cuando me vaya por Dios esto no me gusta*

Eso dijo y otro grito, caramba, y otro más. Empezó a patear. La enfermera corrió como un signo de admiración. Lo metieron a la fuerza entre una camisa de fuerza, blanquísima. Nosotros nos fuimos. Uno de los enfermeros nos miraba mal, como con ganas.

Huimos, señores, al galope. Huimos.

EL ÚLTIMO SER

Lo conocí durante varias tardes, en un hotel de Ciudad de México. Lo conocí —si es posible conocer a un hombre por lo que dice— desde nuestra primera charla en la terraza: una luna grande asomaba entre las nubes. Me había dicho, con voz ronca y muy lenta, que se sentía pertenecer a la luna, que estuvo contemplándola desde que tuvo razón de ser —así dijo—, desde que supo que él estaba en tierra y ella no. Me disponía a sonreír cuando me detuvo su aspecto convencido, grave y endurecido, de paralítico taciturno. Detuve la burla y guardé silencio: no me gusta interferir en el convencimiento de los demás. Además, me aburre contradecir; no soy elocuente y generalmente pienso en otras cosas cuando me hablan. Es inevitable: soy un pésimo interlocutor.

Continuó hablándome de la luna — como si se tratara de una mujer— y yo me dediqué a recordar cosas que nada tuvieran que ver con esa tan recurrida metáfora.

Una tarde, instigado por las discretas murmuraciones de *los ocupantes del hotel, lo* busqué en la terraza *y decidí* enfrentar la pregunta: “Señor”, le dije, “¿es cierto que usted es de cera?” Se encontraba esperando, como siempre, la aparición de la luna. Un gato gris ronroneaba plácido en sus rodillas. Aguardé un asomo de sonrisa en sus labios. No ocurrió. Levantó hacia mí los ojos grandes, iluminados de una inocencia azul. Me dijo: *Sí. Si usted quiere creerlo.* Y acarició el

lomo de algodón de su gato, ahora dormitando en su pecho. De pronto me vi inclinado hacia él, estrechándole una mano con fuerza. Nada noté. Su mano no rechazó mi presión. Era una mano cálida y lisa. De pronto volví a verme inclinado, buscando en su espalda la clave del posible mecanismo mediante el cual su inventor lo ponía en movimiento y lo hacía hablar. Nada encontré. Retrocedí un paso, asombrado de mis propias indagaciones. Se nos aproximaba una mujer. El sonrió, mirándola. Cuando ella estuvo cerca, le dijo: “Ha descubierto que soy de cera”.

“¡Ah!” se admiró ella, llevándose una mano a la boca. En ese momento la terraza entera se llenó de gente, hombres y mujeres contemplándome en silencio; formaban un círculo muy próximo, estrechándose más. “Eres el último” se escuchó decir, al unísono. Pero nadie había abierto la boca para decirlo, era como si todos lo hubiesen pensado.

Miré al gato en la silla, desperezándose. Sus ojos fríos me buscaban, amarillos y sin vida.

TESTIMONIO

En vista de que ellos, los que ya poseen la venerable cana entre la frente, la mirada ceñuda, arrugada, extendida hacia más allá de un horizonte de trescientos años, en vista de que ellos (alguna vez) hablaron de una vaca flotando en un río, yerta, patasarriba (todos ellos parodiando sin problema el naufragio tan corriente de una vaca) también yo he decidido contar de la creciente que en el río de mi pueblo arrastró no una sino ciento diecisiete vacas, una tras de otra, hilera romántica, ante los ojos impotentes de sus dueños, redondas de agua, la espuma de la eterna indiferencia aún entre sus belfos, infladas todas ellas, sus venas gordas y azulosas marcándoles la piel —a manera de mapas ambulantes—, balones blancos y duros rebotando en la corriente, a veces balones terracota, ciento diecisiete vacas apacibles, ni una más, ni una menos, no éramos sus dueños, la última de ellas aún viva, condescendiente y mística, se quedó mirándome mirarla y alcanzó a mugir, alcanzó a mugir feliz, complacida de saberse barco.

DOS AMIGOS FIELES Y UN CONEJO QUE MEDITA

Nacieron el mismo día. Eran un pollito y un patito, nada parecidos. Dormían en la misma cama. Pluma contra pluma. Pico sobre pico. Buenos amigos. Un día empezaron a correr uno tras de otro, perplejos de libertad. Y el pato vio la laguna y recordó desde lo más remoto de su conciencia que era un pato y se arrojó. El pollito era muy fiel y siguió tras de su amigo. Plás.

No hubo tiempo de salvarlo.

Un conejo que presenciaba la escena y se paseaba meditando tras su jaula decidió reflexionar la moraleja: *Ningún amigo, por más amigo que sea, es igual.* Como el conejo era perfeccionista decidió corregir la frase: *Ningún amigo, por más amigo que sea, es idéntico a otro amigo.* Tampoco ese segundo intento le gustó. Pensó mejor: *Ningún amigo, por más amigo que sea, es idéntico a nosotros. La cosa se empezaba a poner difícil. El conejo se exasperó y sólo así, furioso, dio con la moraleja: Ningún amigo, por más amigo que sea, sabe nadar como nosotros. Pero como recordó que los conejos no son grandes nadadores, corrigió esta vez la moraleja —para no quedar mal con los de su grey: Ningún amigo, por más amigo que sea, es un conejo.*

DECLARACIÓN DE TRES ANCIANAS

Ahí lo vimos, sentado, mirándose los pies un largo tiempo. No podíamos creer que ese hombre, con ese cuerpo tan flaco que daba pena, fuera ese hombre, el perseguido. No podíamos creerlo. Tarde o temprano lo atraparán, pensamos. Con ese temblor en las piernas no podrá durar mucho tiempo, pensamos. Daría vergüenza delatarlo y cobrar lo que pagan por él, pensamos.

Cuando pudo hablar nos pidió agua. “Ahí está” le dijimos. Ni siquiera se había dado cuenta que desde mucho antes le teníamos un pocillo a su lado. Bebió rápido, y el agua resbaló por su cuello y mojó su pecho. Pidió más, y más le dimos. Siguió pidiendo agua y nosotras le seguimos dando. Le preguntamos que si él era el buscado —aunque ya sabíamos que sí era—, y tuvo la cobardía de decirnos que no, que no era él, que tan sólo era un amigo del buscado, pero que eso era lo mismo. Entonces nos enfadamos. Nos decepcionaba escuchar que un hombre tan buscado como él empezara por negarse a sí mismo. “Sabemos quién es usted”, le dijimos, “nosotras lo sabemos”. El hombre nos miró por primera vez, y por primera vez, en su mirada, notamos un rastro de lo que acaso fue su valentía: “Para qué preguntan, pues”, dijo. Sus ojos se iluminaron rápidos como carbones cuando se soplan, pero volvieron a apagarse y caer otra vez hacia sus pies. Tenía los pies hinchados, rajados por este desierto de piedras y arena.

“Desde cuando huye” preguntamos. “Para qué saberlo” dijo él. Y después dijo, con rabia: “Ya perdí la cuenta, ¿saben? A lo mejor, si fuéramos muchos,

nosotros los perseguíamos a ellos". Y más tarde: "Desde que no me gustó esta vida es que me están persiguiendo".

Pasó la tarde y todas seguimos quietas, mirándolo en silencio; tenía la muerte en el cuello, pobre. Entonces escupió con fuerza y volvió a decir: "Lo aburrido de esto es huir a solas. Antes, por lo menos, huía con mis hombres. Nos protegíamos el sueño. Pero a todos ellos los fueron muriendo. Al último lo murieron esa vez cuando nos dormimos al mismo tiempo".

No volvimos a decirle nada. Para qué decir algo. Empezó a dormir, sentado, sobre esa piedra. Nosotras lo acompañamos despiertas mientras dormía. Pero al día siguiente ya no lo vimos. Seguirá huyendo, pensamos. Eso fue lo que pensamos.

EN EL HOSPITAL

Y piensa después sin darse cuenta en todo lo que piensa sin darse cuenta cuando se siente sola sin saberlo: que ha envejecido. Cuando no hace nada borda toda clase de manteles: eso es nada para ella. Trabajó con el deseo de comprar, un día, una casa en su pueblo. Y nunca le alcanzaron los ahorros: sólo para el hospital, de donde ahora debe salir —pues ya no tiene dinero. No se dejó ayudar, no permitió que la ayudáramos. “Su rostro”, pienso, “como si la hubiesen acabado de golpear”. “Es la enfermedad”, me explican, “el rostro se hincha”.

“¿Es necesario que la lleve conmigo?” me pregunto en voz alta. Y me respondo: “Desde luego, señor. Ella también viajará”. Hay un rótulo encima de su pecho: *Mamá.* Ella fuma para matar el tiempo, mientras la visten. “Una vida feliz”, nos dicen, al despedirnos.

—Las sardinas enlatadas son baratas —le digo a mamá.

—Qué bueno —dice ella—, no será necesario cocinar.

Y desaparecemos.

Sosiega su propio cuerpo, contra la esquina. Un fideo. Pero tiene manos de granito. Cuando era más joven los señores le dijeron: *Necesitamos sangre joven.* No aceptó ningún empleo. “No me vendo” solía decir como consigna, y ahora es vendedor: lo remolcan las muchachas de la calle, de rostros afilados, de pestañas doradas o negras, salpicadas de lluvia. Si ellas dicen que tienen hambre, él las golpea. No tolera rebeliones. El es *el general,* les dice, y las sigue, prudente, y luego cuenta los billetes con un dedo empapado en saliva. Traga del aire de ellas. Desentierra de ellas su mirada muy pocas veces: sólo cuando duerme. Les dice secretos, o profecías: Si alguna vez necesitas morir, déjame. Sólo tienes que abandonarme para morir. Les dice eso y las persigue puntual. Desde cualquier esquina, hermetizado, las espera. Un ojo agazapado, un tabaco negro, pesado anillo, un tarareo. La luz de plomo. Una maqueta milenaria de calles desbaratándose. Canales de lata oxidada. La lentitud del tiempo no lo impacienta. Ni los susurros hirvientes de los desaguaderos. Espera. La ciudad como un testigo exhausto. Todas las casas, todas las piedras, muy fastidiadas de verlo pasar desde hace años, con distintos semblantes y vestidos, desde hace más de cuatrocientos años. Una mañana juegan entre cáscaras de naranja cuatro niños, brincan en torno a su cabeza ensangrentada: la descubren —desorbitada y perpleja, entre un papel periódico—y gritan y llegan dos policías. Su cuerpo no aparece todavía, pero él sigue allí, en otra calle, en otra esquina, en otra espera, invocando sin saberlo la temible traición de otra de ellas.

SIN DENTISTA EN NUESTRO PUEBLO

Tío Samuel era dentista sin título en San Pablo. No usaba en su trabajo ningún antídoto contra el dolor, pero poseía la suficiente entereza para preguntar a sus pacientes si deseaban la extracción *con o sin dolor.* “Con dolor vale treinta pesos” decía, “sin dolor setenta y cinco”. Por lo general el paciente se retrepaba dócil en la silla y respondía, resoplando: “Sin dolor”, lo que no impedía que el lamento repentino y aterrado se escuchara rebotando a manera de costumbre por la calle. Y era que ya la gente sabía de qué se trataba. Decían, sencillamente: “Otra vez trabaja *el doloroso"* —que ese era el apodo de mi tío. Cuando los malos amigos lograron comprobar a las autoridades la falta de su título profesional, varios agentes debieron obligarlo por la fuerza para que cerrara el consultorio, y, después, como continuó su resistencia, debieron someterlo a seis días de cárcel. “A nadie lo obligo a buscarme” decía él, quieto y altivo. “A nadie, a nadie” repetía, pertinaz, mirándome desde las rejas. Y esa es una de las imágenes más latentes que conservo de mi tío: alto y muy pálido, portando sus anteojos de carey, de gran aumento, por lo que sus ojos se veían siempre inmensos y asombrados.

Luego de quedar en libertad, muchos pacientes (para evitar el largo y costoso viaje a la ciudad en busca de un dentista titulado) continuaron visitándolo, sólo que en un sitio más distante, una cabaña en la colina, donde los gritos y lamentos desaparecían confundidos con el otro ruido de los corrales, entre rebuznos, trinos y cacareos. Y si eran demasiados los gritos y protestas, tío me ordenaba que pusiera a funcionar su tocadiscos

portátil, a todo volumen. “El disco, pronto, pronto”, me decía, enjugándose el sudor con el dorso vacilante de una mano, “pronto, el disco, que va a gritar”. Escuchábamos eternamente el mismo disco ya pandeado por el calor. Por una cara escuchábamos *“Angustia”* en la voz de Bienvenido Granda, y por la otra un tango: *“La cama vacía”.* Siempre que escucho estas canciones me viene el recuerdo de mi tío, trabajando tembloroso y ensimismado. De eso vivía tío Samuel y sostenía a su familia y me regalaba para ir al cine semanal, las tardes que yo le ayudaba.

Pero es ahora, después de tantos años, cuando entiendo que también a mi tío lo desesperaba el sufrimiento de sus pacientes. Los atendía completamente beodo; a duras penas conservaba el pulso suficiente para manejar las pinzas, sus únicas herramientas de trabajo. Bebía a escondidas, decía: “Ya vuelvo, voy por mi jarabe”, y los pacientes lo esperaban resignados y sólo yo sabía que no era jarabe —precisamente— lo que tío bebía escondido tras la puerta.

Fui el primero en encontrarlo, aquella tarde, recostado en la silla de los pacientes, rígido y con los ojos muy abiertos y más atónitos que nunca. De su cuello colgaban los anteojos; uno de los vidrios estaba roto. Tuve la ingenuidad de preguntarle: “Qué haces ahí, tío, si es tan tarde”, y la ausencia de respuesta dejó atrás para siempre toda mi infancia.

Los de mi pueblo aseguraron muchas cosas: que tío Samuel se quitó la vida por cobarde, que nunca debió meterse a dentista, que no fue honesto —pero sí un buen hombre, a pesar de todo. Yo escuchaba por todas partes

los comentarios. Varios hombres, cuando volvíamos del cementerio, me detuvieron en una esquina, riéndose. Me dijeron, sin dejar de aparentar un esbozo de lástima: “De cualquier manera murió sin dolor, tu tío”.

Yo los miraba sin entender; sólo sabía que todos ellos, los que reían, habían sido alguna tarde sus pacientes más atormentados.

UN HOMBRE

Un hombre puso el siguiente aviso frente a la puerta de su casa: *Se venden pobres.* Otro hombre que pasaba se acercó a preguntar el precio. “Depende”, dijo el primer hombre, “tendría usted que elegir qué pobre quiere”. Entraron los dos hombres en la casa y no tardó en salir el comprador con un pobre bajo el brazo —sin explicarse aún para qué realmente necesitaba un pobre—. Al poco tiempo los demás hombres se enteraron de la noticia y no tardó en llenarse la casa de compradores. Cada quien salía con su respectivo pobre bajo el brazo. Algunos llevaban hasta tres y cinco pobres sobre las espaldas. Eran paquetes de pobres. Se anunciaban pobres en los periódicos. Se exportaban. Todo siguió así hasta que el primer hombre quedó sin más pobres para vender. El último pobre que se llevaron fue su mujer, aunque meses más tarde también él tendría que venderse como pobre. Entonces la competencia no se hizo esperar. Aparecieron empresas vendedoras de pobres, industrias productoras de pobres. Y eran pobres de todos los tamaños y colores. Hubo muchos concilios y guerras, exposiciones y discusiones que intentaron determinar el origen de tanto pobre. Se publicaron cientos de libros. Nadie habló de pobreza, únicamente de pobres. Demasiado tarde. Se remataban pobres en África, en Pakistán, en los Estados Unidos, en la Argentina. No tardó el mundo entero en llenarse de pobres.

FALTA PAN EN EL ARMARIO

Buscó a tientas, en el primer cajón. Nada encontró. Sus manos siguieron explorando cada sitio, cada posible secreto de latas vacías. No había pan. Regresó a la cama y miró durante mucho tiempo el techo, la ventana donde la tarde era un domingo incierto, oscureciendo. “No hay pan” pensó, y debió soñar (pero no soñó) que se comía las sábanas, que se comía la ventana y el domingo pedazo por pedazo, que él era un armario insondable por donde caían lenta y sigilosamente las calles y edificios y ascensores, todo lo engullía progresiva y despiadadamente, todo resbalaba silenciosamente hasta más allá de su hambre infinita, y todo lo habitaba por dentro, montañas y mares y gritos, no acababa nunca de llenarse, y se comió la tierra y la luna y sólo acabó de reventar cuando pudo tragarse el universo entero —que era él: solo y hambriento.

BAJO LA LLUVIA

Le preguntamos qué hacía ahí, flotando en la calle, bajo la lluvia, y él respondió que nada, que lo único que hizo fue saltar un poco, para evitar un charco, con la extraña suerte de que no volvió a caer. “Y aquí estoy, como pueden ver”, dijo. Tenía los ojos aguados, como alguien sorprendido por la emoción más inaudita, como alguien a punto de llorar silenciosamente. Su corbata colgaba ondulante, parecía lo único de él que pretendía continuar atándolo realmente a la tierra. Y, sin embargo, también él parecía aceptar su situación, porque reconoció, estupefacto: “Debo ser uno de los tantos casos raros que hoy existen en el mundo”. Nos contó que al principio fue agradable. “Esto es como los pájaros”, contó que había pensado, pero más tarde todo eso empezó a preocuparlo porque se elevó un metro y después dos más y de pronto comenzó a decirnos que sentía que otra vez iba a seguir elevándose, que lo ayudáramos. “¡Pronto, pronto!” gritaba.

“Su situación es peligrosa” reconoció alguien, “si sigue elevándose a ese ritmo un avión podría quitarle la vida”. “Sería lo mejor”, sonrieron dos mujeres, “a quién se le ocurre saltar un charco para no volver a caer”. “Esto hay que publicarlo”, pensaron otros, “de lo contrario nadie va a creerlo”.

“Qué podemos hacer”, le dijimos, “podríamos amarrarlo”.

“¡No, no!” respondió él, esforzando la voz —porque ya se había elevado cuatro o cinco metros más, de un solo tirón—, “no quisiera hacer el ridículo, perdería

mi puesto en el banco". Se estuvo pensativo unos segundos.

"¿Entonces?", le gritamos.

"Díganle a mi novia que hoy no pasaré por ella", respondió, más resignado que impaciente. Decir aquello fue como arrojar el último lastre de su vida. De un sacudón empezó a elevarse con la lentitud de un zepelín.

"Pero, dónde vive ella" le preguntamos. Él nos gritaba una y otra vez, repitiendo la dirección. Distinguimos cómo gesticulaba, desesperado. Ninguno de nosotros alcanzó a escuchar dónde vivía su novia. Además, al verlo desaparecer, nos pareció que su destino tenía tal viso de sospechosa fantasía que ya a nadie realmente le importaba justificar su ausencia ante el mundo.

SIA-TSI

—¿Cómo te llamas? — preguntaron a Sia-Tsi los guerreros del déspota Wu-nung.

Sia-Tsi, que vivía en el reino de Lu y era partícipe de la escuela de Mo, guardó (como era de esperarse) un respetuoso silencio.

—Cómo te llamas— repitieron impacientes los guerreros, pues buscaban al anciano maestro desde hacía nueve años para matarlo. Pero no lo conocían y entonces, cada vez que iniciaban otra redada, bebían cada uno once tazones de vino amarillo para darse ánimos, pues se aseguraba que Sia-Tsi era poseedor de todos los lenguajes y lograba fácilmente llamar en su ayuda a los animales o las aves, o podía muy bien mimetizarse entre los árboles y flores o convertir a sus enemigos en cuervos ingrávidos, con sólo invocar dos o tres palabras antiguas.

—Cómo te llamas —siguieron insistiendo los guerreros, ebrios, sacudiendo sus sables relucientes, de un metal casi vivo, sediento de humedecerse y oscurecerse. Lo cierto es que estaban muy alarmados y tensos, pues por fin todas las descripciones coincidían con aquel anciano que (como era obvio) tenía una barba gris que le cubría los pies, *y* unos ojos muy hondos y negros que sin duda no miraban hacia el cuerpo sino más allá, hacia más adentro.

Evidentemente él y sólo él debía ser Sia-Tsi. Aún así, volvieron a repetir a gritos la pregunta: “Cómo te llamas”.

—Nunca he podido responder a esa pregunta —respondió el anciano maestro—. Hoy podría tener un nombre, y mañana otro; ayer pude llamarme Sia-Tsi, que

es el que ustedes buscan, pero mañana podría llamarme Yi-Po, y hoy me parece que debo llamarme Chou, que es un nombre acorde con este viento que nos rodea.

La respuesta del anciano los desconcertó. Y los hirió, además, su mirada, entre irónica *y* piadosa, que no se congelaba ante la fría cercanía de los sables apuntándolo. Por fin los guerreros, temerosos de permitirle el tiempo necesario para pronunciar palabras antiguas, le dijeron:

—Te estás burlando de nosotros, inútil anciano, y de todas formas vamos a matarte, para que no continúes reflexionando insensateces.

El anciano no pudo, ante semejante afirmación, evitar reír.

Un tiempo después, sobre la hierba tibia y anaranjada, Sia-Tsi continuaba convencido de no saber quién era realmente el que moría.

LA MONJA SENTADA

Conocí una monja que ni siquiera podía moverse. Era algo lírica: A dónde ir, decía, si ya los pasos han marchado en busca de otro cuerpo más fuerte, que merezca más toda esta vida. Después se persignaba y me decía: “Decir esto es un pecado”. La monja era una especie de tía. Eternamente sentada; no era muy joven, pero tampoco vieja. Convalecía en mi casa: una amiga de mamá. Cuando estábamos con los demás no era la misma. Ni siquiera me miraba; un día toqué por azar su rodilla y el mundo entero se escandalizó; ella me espantó con la mano, como a un mosco; ya a solas me dijo que en público no, por favor, no. NO. Realmente, cuando estábamos solos era otra monja, y yo como un balbuceo atormentado, o un niño mintiendo. Piensen: el florero de la virgen se cayó: Quién lo
rompió, han preguntado a ese niño. Como ese niño era yo cuando ella me llamaba.

Yo tenía dieciséis. ¿Ella cuarenta?

Me decía que desabotonara su camisa. Y era monja, de verdad: tenía un crucifijo en mitad de los pechos. Yo obedecía. Ella, como si nada, me contaba cosas. Por ejemplo, me decía: “Dale de comer a mi paloma”, y luego venía una seña breve, significativa, y nos reíamos. Me decía que en esos momentos más que una monja era mi tía. Yo la adoraba: a pesar de los miedos me hacía cosquillas. Me preguntaba que si yo quería. “Sí”, le decía, y besaba su espalda, y su cuello, y una vez el ombligo. Y qué risa, nos reíamos. Sólo el gato nos descubría. El primer día que nos decidimos hasta el final casi rompemos la silla; el gato se espantó como un

alarido. Ella me confesó: “No entiendo por qué me dicen que tú eres el idiota de la familia”. Ahora pienso: ella: algo subterráneo y sin memoria unido a mí desde otra orilla, desbordando gemidos desde el otro lado de otro idioma; no existía como carne únicamente, sino como la verdadera promesa de la redención; eso pienso y doy un grito y río, sin motivo.

Chocábamos a veces contra un muro: el de su repentina vergüenza y el de mi idiotez; pero el amargo espejismo desaparecía si nos reíamos. Pestañeaba nerviosa cuando preguntaba: *¿Quieres entrar?* Con ella aprendí a esperar. Las últimas tardes era ella quien me urgía y se impacientaba: bajo su hábito negro y redondo siempre estaba desnuda. Me escalofriaba. Yo barbotaba saliva. Me aferraba a sus rodillas. Sólo aguardaba la hora en que todos en casa desaparecieran. Ella pronunciaba mi nombre y yo llegaba a saltos como el gato y ella preguntaba: “¿Quieres desabotonarme, o no quieres?” Nunca le dije que no. Ahora recuerdo la primera vez que abandonó su silla: caminó raro: especie de ave blanca equilibrando pasos entre ramajes de agua; extendió los brazos a mí, “Ven por última vez” dijo.

Lo hicimos de pie.

Y al día siguiente se fue de casa, sobre sus propias piernas. La silla quedó sola. Y yo como la silla. Y el gato como yo.

CARTA A SOFÍA

Sofía, yo sé que tú eres recursiva y casi triste, que estudias álgebra espacial y frecuentas la facultad de filosofía, que tus padres te quieren, que te gusta la gimnasia y logras saltos de ave elástica por cada prado y azotea, bajo la lluvia dorada, que vuelas por la noche, sobre una escoba, que sostienes a la tierra en la uña más pequeña de tu pie, que eres dueña de once aves y dos gatos, dos conejos y seis perros que te aúllan cuando tú no estás, que duermes sola, que a veces no, que otras veces padeces un insomnio vivo, como una voz, que tu desnudez debe ser idéntica a la hierba cuando llueve en las montañas, que entonces todo tu sexo debe ser distante y hondo y más hondo que el agua, que dices que no sabes tocar el violín pero lo tocas en compañía de los enanos mágicos, que me llamas desde un sueño y es como si una muerte lenta *y* exquisita me invadiera por los poros, todo eso lo sé, Sofía, y todavía no sé por qué tengo que escribirte si bien sabemos los dos que tú no existes ni yo tampoco.

INSTRUCCIONES PARA ROMPER UNA GUITARRA

Hay que mirarla tiernamente, sobre todo. Después intentar convencerla de que no es una guitarra, que es sencillamente una paloma de madera. Se la abraza, suavemente, sin el clásico temor de los intérpretes. Enseguida, casi sin su permiso, se la levanta de un giro rápido y se busca en qué cielo estrellarla, para que suene eternamente. A las guitarras les fascina que las rompan, pero lo mismo no ocurre con sus dueños, incapaces de comprender estos simbólicos deseos. Yo, por ejemplo, he inmolado cientos de guitarras, a la salud de la sabiduría; pero en el empeño he perdido cientos de amigos; no soy un invitado que se espere en cualquier parte. La última vez estuve en la cárcel: se trataba de la guitarra de un carcelero; me fue imposible entender que un carcelero, insensible manipulador de cadáveres, lograra tocar impunemente una guitarra; y su misma guitarra, estéril, muy blanca, sufría al encarnar esa dialéctica. De modo que ella misma me lo dijo: *"Rómpeme",* y yo la estrellé en la primera cabeza que vi: la cabeza de un ángel de porcelana. Ahora, pues, ya no hay más guitarras en Bogotá, ni ángeles, ni alas. Todas las guitarras las he roto, con la venia de Poe y de Lowry, alcohólicos majestuosos. Es por esto que existe una música bastante extraña en el aire, son ellas, las guitarras, escúchenlas: suenan en lo ignoto de todas las conciencias, entre las venas, dentro de la sangre. En esta ciudad los fabricantes

de guitarras decidieron fabricar pianos; ya tengo fama: se sabe de mi compulsa manera de saludar la mañana: salgo a la calle y rompo una guitarra en la primera cabeza de ángel que yo vea. Todo mi sueldo de mensajero lo empleo en mandar a traer, desde países distantes, guitarras azules y tibias, frías y cálidas, morenas y amarillas, rubias y delgadas. Y es por esto que mi novia, quiero contarles, se fue hace más de veinte años. Estaba desesperada de mi búsqueda de guitarras. Me dijo: *"Yo, o las guitarras".* Le dije: *"Las guitarras".* Les garantizo que es fácil cambiar una novia por una guitarra; pueden intentarlo. Una guitarra es silenciosa, suena cuando sólo nosotros queremos; para romperla pueden ser necesarios —si ese es nuestro deseo— más de muchos años, lo que implica que son duraderas —si ese es nuestro deseo—. Una guitarra sigue sonando, brillante de agua, muy digna y muy noble, aunque tenga un roto como una estrella boreal en la espalda.

Yo mismo he finalizado construyendo mi propia guitarra; es fuerte y comprensiva, acorde con mi carácter. Es bueno contemplarla cuando hay luna y cae el granizo detrás de la ventana. Nos entendemos muy bien: ella lamentándose y yo escuchándola; de eso está hecha la vida, de guitarras que se dejan romper durante años, y de lentos asesinos de guitarras. Quiero aclarar: no me interesan los violines, ni las puertas, no estoy pensando seriamente en las ventanas. Soy fiel: qué sería de mi vida sin la frágil posibilidad de una guitarra

LA OTRA MUERTE DE JOHAN HUGHES

La hermana de Johan Hughes tuvo la ocurrencia de visitar una adivina. Después de los inciensos *y* transfiguraciones, desconcertada, la adivina preguntó a la hermana de Johan Hughes que si acaso ella era la hermana de alguien que debía llamarse Johan Hughes, carpintero. “Sí, lo soy” respondió la hermana. Entonces la adivina dijo suspirando que lamentaba profetizar que Johan Hughes no tardaría en morir.

Desde ese momento la hermana de Johan Hughes, y la mujer de Johan Hughes, no dejaron de recordar la premonición. “Sería mejor que te cuidaras” le dijeron a Johan, “deja de fumar y de beber”.

Johan Hughes lo tomó a broma. Primero acudió a la lógica: “Todos vamos a morir”. Pero comprendió que lo malo era morir demasiado pronto. Entonces acudió

a otra lógica: “Si voy a morir, lo mejor será que viva más, y fume y beba como nunca”.

Acaso el gran error de Johan fue confesar a sus amigos el tremendo veredicto de la adivina. Sus amigos no demoraron en contarlo a otros amigos. De modo que no tardó el puerto entero en saber de la inminente muerte de Johan. Y comenzaron a imaginarlo muerto, y cuando Johan Hughes iba a la taberna los hombres lo señalaban y decían: “Ese hombre se va a morir, se llama Johan Hughes, la adivina lo dijo, la adivina nunca se equivoca”.

No tardó Johan Hughes en sentirse muerto o casi muerto a golpe de escuchar las murmuraciones y sufrir la mirada de sus amigos, que oscilaba entre la lástima y la expectación, como si dijeran: “Y bien, Johan, ¿cuándo vas a morir?” La situación no podía ser más desesperada.

Iban a visitar a Johan, desde otros puertos, hombres que él no conocía, solamente para saber cómo vivía un hombre que no tardaría en morir. Johan Hughes descubrió desencantado que también su mujer ya lo miraba como a un muerto y había cambiado con él: de noche era como si la atemorizara tener que soportar las caricias de hombre que no tardaría en morir.

Johan Hughes intuyó que seguramente su mujer ya estaba haciendo planes para un próximo futuro sin él. Entonces fue hasta el muelle una noche de luna y contempló las aguas ruidosas del mar, levemente estremecidas por la corriente de un río que intentaba inútilmente penetrar más allá de las olas. Pensó que sólo había una manera de resolver el asunto, y se embarcó.

Sus amigos lo dejaron partir. Dijeron simplemente:

“Ha ido a morir en otra tierra”. Consideraron inútil que Johan se empeñara en luchar. Algunos buscaron la metáfora: *Johan era el río, y el mar la profecía.* Otros solamente pensaban en la belleza de su mujer, ahora sola e indefensa.

Se cuenta que Johan Hughes estuvo esperando durante años la muerte que le profetizaron. Tantos años, que se olvidó de la premonición y conoció otras mujeres que besaron su boca sin detenerse a considerar que se encontraban en los brazos de un hombre próximo a morir.

Un día volvió a su puerto, cansado de no morir y deseoso de reencontrar a su mujer. Pero ella no quería saber nada de él, y nadie más quiso creer que aquel hombre era Johan Hughes. “Tú estás muerto” le dijeron. Y ni siquiera su hermana quiso aceptar que se trataba realmente de Johan Hughes: “Eres parecido a él”, le dijo, “pero no eres él”.

Tuvo que abandonar su puerto por segunda vez, y conoció otros mundos, otros idiomas, pero el tiempo y la nostalgia lo obligaron a volver. Regresó decrépito, enfermo. Su hermana y su mujer habían muerto; a lo mejor la adivina también. Johan Hughes no se lamentó. Pensó convencido que de todos modos él seguía muerto. La adivina lo había matado a él.

La otra posibilidad de Johan Hughes:

Cuando Johan Hughes se enteró de que una adivina había profetizado su muy próxima muerte, no lo pensó dos veces y corrió a enfrentarse con la adivina. Era una mujer muy joven, se llamaba Clara Amelia, sus brazos largos y dorados se movían silenciosos tras la esfera de cristal. Johan Hughes se presentó a ella, y, sin

dudarlo, la llevó al lecho —que no debía quedar muy retirado— y la convenció por fuerza de caricias que se olvidara durante varias mañanas de todo lo concerniente a los astros y la magia. Cuando Johan Hughes abandonó el lecho, la adivina varió su veredicto y dijo a todo el mundo que Johan Hughes iba a vivir largos años, y puso todo su empeño de adivina para convencer a las estrellas de que Johan Hughes seguiría viviendo y complaciéndola por los siglos de los siglos, *amén.*

FÁTIMA

Conocí a Fátima. Un péndulo a punto de quedarse quieto. Fumaba hojitas de té. Recurría a los somníferos. Comía mandarinas mojadas en vino. Se columpiaba de noche, sin protegerse del frío, en el rincón más oscuro del parque. Era feliz asomándose desnuda a la ventana para que los muchachos del barrio pasearan en ella los ojos anhelantes, pero Fátima reía y jamás “lo dejó ver todo”. A pesar de entregarse cada tarde al sopor de la droga, nunca dejó la costumbre de asistir a misa. La conmovían profundamente las iglesias por el olor a incienso y las cuatro luces de los cirios en los extremos del altar, las gruesas velas en papel rojo y amarillo que se derretían produciendo sombras y chasquidos y destellos, el silencio que flotaba a la hora de la Elevación. Debía ser una adoradora del silencio. Pasaba amaneceres enteros en el parque, prendiéndose con el cielo que se prendía y adivinando cada forma a cada nube y riendo: “Esa nube es una pirámide egipcia, ahora es una máquina de coser”. Tal vez la culpa la tuvo su sensibilidad: esas ansias inauditas, esa pugna. Cuando guardó luto por la muerte de su abuelo, reducía su existencia a las dos trenzas largas y delgadas que de su cabeza caían sobre la negra blusa como dos cintas de color oro viejo, dos

ramas enredadas que se empeñó en mostrarnos, hundidas entre la abertura de su blusa. Así era Fátima. No se cambiaba por nadie al arrancar las hojas de su calendario. Nos asombraba que arrancando los días experimentara tal sensación de bienestar, fingiéndose a veces sonámbula, los brazos echados adelante y el cuerpo adormecido transpirando un mundo propio, de juguete, ese mundo al que nadie nunca pudo acusar de artificio, ni siquiera contemplando los ojos idos y el semblante alucinado de Fátima, o la metálica pasta que se escurría de las comisuras de su boca cuando quería cantar. Se comparaba con los vidrios: podría rompérsela con un grito, con una palabra indiscreta.

Hoy, cuando la veo después de tantos años, no puedo comprender si tengo frente a mí a la misma Fátima, la Fátima que reía de contento cuando la invitábamos a beber brandy —con una jarra de jugo de tomate, pues quería que su embriaguez llegara con sabor a fruta.

Inútil decir que Fátima se amó a sí misma. Inútil comprobar ahora que ella está *en su silencio* y que es con el silencio como todos le hablamos, observando atónitos su mudez de péndulo quieto, de péndulo que se ha estatizado por sí mismo, a su manera, entre la asfixia de un cuarto diminuto invadido por el humo de sahumerios y de hojas de eucalipto.

Yo me acerco.

Fátima parece asomarse, pero ya no muestra su cuerpo semidesnudo y blanco; sólo su rostro, su rostro únicamente.

EL GATOPÁJARO

Me gustaría saber qué piensa. Con otros animalitos sería distinto. Podrían hablar, es decir: gesticular un único idioma; pero éste no; es todo un ruido: habla en dos idiomas a la vez. Sería un imperdonable descuido extraviarlo. Es un perfecto gatopájaro, y a veces me mortifica: gira desesperado sobre su propio cuerpo y luego se desliza, brinca, lanza un maullido como un trino, lo toco levemente en las rodillas y grita, me mira con terror inesperado, no entiende que soy amigo, ni siquiera reacciona cuando le río, cuando le hago cosquillas en mitad de dos pelos y dos plumas. Un día trató de volar. Y otro día casi se come él mismo. Un exacto suicida. Dice mamá que se parece a uno que era mitad gato y mitad cordero. Me enfado peor. Es un gatopájaro, digo; inútilmente explico a mamá lo que ella no quiere entender. Ambos lo contemplamos, como la primera vez: mitad cariño, mitad consternación. Dice mamá:“Pero si no es un gato, es gata, es una garita”. “¡Oh!” le digo, irritado. Miro hacia donde indica mamá, *y* el animalito une sus dos blancas rodillas, avergonzado. “No es gato, es gata” insiste mamá, y añade, solemne, limpiándose las manos en el delantal:

—Es gatapájara.

Luego mamá se queda pensando. Me mira directo a los ojos y me advierte, tajante: “Es gatapájara, y si queda preñada de un gato o de un pájaro, ya tú te encargarás”.

Aburrido y sorprendido al mismo tiempo los abandono. El desolado perfil de mamá queda solo en el patio, frente al pequeño animal, ambos debajo de una

lámina de hojas y raíces apretadas: es el cielo. Las nubes se remueven, no tardará en llover. No encuentro más alternativa y me siento a la mesa, con el periódico desplegado. Pero no leo ninguna noticia. Al poco tiempo llega mamá con un caldo humeando en la olla. Ambos nos entendemos, ambos comemos, con tranquilidad, sin cambiar una sola palabra.

INDICE

ELLA Y LOS PERROS 11
EL INVITADO INVENTADO 13
PUERTO DE TUMACO, I.938 15
LA BALSA 17
SEÑAL 19
CRÓNICA DE UN
VIAJE POR CHILE 21
DOMINGA DIONISIANO 25
EL ENCONTRADOR 29
EL GUÍA 31
CUENTO PARA
MATAR UN PERRO 37
A LA DERIVA 39
MIEDO 41
UNA MUERTE 43
OTRA MUERTE 45
ENCIERROS 47
LA CASA 51
EL ESPEJO PINTADO 55
LA VISITA 57
EL ÚLTIMO SER 59
TESTIMONIO 63
DOS AMIGOS FIELES Y
UN AMIGO QUE MEDITA 65
DECLARACIÓN DE
TRES ANCIANAS 67
EN EL HOSPITAL 71
EL CHULO 73
SIN DENTISTA EN
NUESTRO PUEBLO 75

UN HOMBRE 79
FALTA PAN EN
EL ARMARIO 8I
BAJO LA LLUVIA 83
SIA-TSI 87
LA MONJA SENTADA 91
CARTA A SOFÍA 95
INSTRUCCIONES PARA
ROMPER UNA GUITARRA 97
LA OTRA MUERTE
DE JOHAN HUGHES 101
FATIMA 107
EL GATOPAJARO 111

La editorial desea agradecer la ayuda de
la librería Casa tomada, en Bogotá,
en la elaboración de
este libro.

DESTIEMPO LIBROS
EL LIBRO DEL SIN SENTIDO
Edward Lear
MIENTRASTANTO
Manuela Ochoa
’SILENTES
María Margarita Sánchez

LAS GLORIAS
Matías Godoy
EL ÍRBOL DE LOS ALBORES
Matías Godoy
NASUNO
Diego Loukota
PRÓXIMOS TÍTULOS
SEVERO REVÉS
Juan David Giralda
LAS PREGUNTAS DEL AMOR
Marie Linage
GARLAS BOGOTANAS
Simón el Mago y Aloysius S.Lilius
LOS SAPOS DE MIS ESTANQUES
Matías Godoy
destiempo